

lado por los que acababan de lanzarlo; que fué testigo presencial de los luctuosos acontecimientos de aquella época, y que la terrible impresión que dejaron en su ánimo jamás se borró en su larga carrera. No extrañéis, por tanto, el que tan severamente haya condenado á ciertos personajes y ciertos acontecimientos.

«He pintado á los hombres tales como los he conocido, y referido las cosas como he visto que pasaron. No he presentado, por lo mismo, colosos, como algún otro escritor lo ha hecho en estos días, porque no he encontrado más que hombres de estatura ordinaria, ni he atribuído á grandes y profundas miras sucesos que se explican naturalmente por otros contemporáneos, y que no sólo no presentan nada de heroico, sino que más bien fueron originados en causas poco nobles (1).»

Si hubiera vivido lo bastante para ver el trono derribado en España, y proclamados allí y en casi toda Europa los propios principios que entre nosotros; si hubiera oído el grito de *Dios, Patria y Rey*, lanzado en las montañas de Vizcaya por un grupo no más numeroso que los caudillos de Dolores; si la vida le hubiera alcanzado para ver á la Cruz sagrada de Saboya cobijando á los sacrílegos invasores del Patrimonio de San Pedro, ni más ni menos que

(1) Alamán, *Historia de Méjico*, tomo v, pág. 6.

el estandarte de la Virgen de Guadalupe cubría con su sombra á nuestros insurgentes; si le hubieran llegado los ayes lanzados por las víctimas de los comunales de París y de los cantonalistas de Cartagena, y las quejas de los polacos y turcos inmolados por el moscovita en nombre de Cristo; decidme, señores, ¿habría modificado algún tanto su modo de ver nuestras cosas, habría atenuado algo sus expresiones? Yo no lo sé, en verdad; pero sí me atrevo á afirmar que, si tal hubiera sucedido, no habría vacilado en hacer las justas rectificaciones: porque su intento al escribir la historia moderna de Méjico y sus disertaciones sobre la antigua, no fué hacer prevalecer determinada opinión, ni imponer á sus contrarios ciertos principios, sino proclamar la verdad, la verdad pura, la verdad sin adornos, tal como él la concebía y la miraba. ¿Se sonríe quizás alguno de mis oyentes? Escuche al mismo esclarecido autor:

«Iter hujus sermonis quod sit vides: ad respublicas firmandas et ad stabiliendas vires, sanandos populos omnis nostra pergit oratio. Échase de ver, decía Cicerón en su admirable Tratado sobre las Leyes, cuál es el objeto de este discurso. Todos nuestros esfuerzos se dirigen á afirmar la República, establecer sus fuerzas y remediar los males de los pueblos: si no puedo lisonjearme de proponer el medio con que se logre curarlos, habré, por lo menos,

manifestado con claridad y verdad en qué consisten, para que otros tengan la gloria de acertar á reformarlos.....

»No tengo la presunción de creer que la reforma que he propuesto sea la mejor; mas el haber manifestado mis ideas, largo tiempo há meditadas, será acaso motivo para que otros expongan las suyas con mayor acierto, saliendo del camino trillado. Basta que no se desespere de la salvación de la patria para que se trabaje con empeño en procurarla (1).»

¡Ved ahí el tipo del verdadero patriota y del cumplido caballero, que ni se forja ilusiones ni abandona á la República en sus trances más apurados; que ni se ciega por el amor de la patria, ni deja de admirar su belleza, sus elementos de prosperidad, sus fuentes de riqueza! Escuchad ahora al cristiano concienzudo y aun escrupuloso que, al hablar de celebridades contemporáneas, tiembla ante la idea de mancillar su reputación ó de herir susceptibilidades.

«Si alguno se creyese ofendido, tendrá que darse él mismo á conocer, haciéndose denunciante de su propia culpa, la que si he tenido que referir ha sido callando el nombre del culpable (2).»

(1) Alamán, *Historia de Méjico*, tomo V, págs. 921 y 941.

(2) Id., *ibid.*, en el Prólogo.

¡Oh! Quienquier que seáis, venerad la memoria de nuestro gran historiador; y si juzgáis que á pesar de su buena intención las pasiones humanas, de que es imposible al hombre desnudarse del todo, lo hicieron desviarse algún tanto del recto sendero que deseara seguir, no lo condenéis, no; orad, sí, por su alma al Dios de las misericordias.

Dulce y simpática, sin sombra de rencores, sin nubes de persecuciones ni resentimientos, es la figura del poeta y filósofo que ahora llamo á presentarse ante vosotros. Desde sus primeros años pulsa la lira, y lo hace con tal maestría y tanta dulzura, que llama la atención de sus contemporáneos, y lo circunda una aureola que no ha conocido ni conocerá igual en nuestra patria. En el último tercio de su vida consagra su pluma, todavía vigorosa, á la controversia política, religiosa y filosófica; y admirado de los suyos, respetado por sus adversarios baja al sepulcro venerado de todos, y sin dejar en pos de sí más que recuerdos dulces, gratos, sagrados.

¿Quiér hay de vosotros, señores, que no se conmueva al escuchar el nombre dulcísimo de DON JOSÉ JOAQUÍN PESADO? Muchos imitadores tendrá Petrarca en nuestro suelo; pero los versos del apasionado cuanto casto cantor de Elisa serán recitados con veneración y acatamiento por cuantas generaciones produzca Mé-

jico. Se podrán multiplicar las versiones en prosa y verso de los inspirados escritos de Salomón; pero la traducción métrica del *Cantar de los Cantares* de PESADO será siempre la favorita entre nosotros; jóvenes y viejos harán resonar en el siglo venidero, lo mismo que hace cuarenta años, la terrible maldición á Jerusalén; y desde el literato que admira la bella paráfrasis del español Jáuregui, hasta el niño que por primera vez aprende la medida del verso castellano, repetirán entusiasmados el retorneo con que adornó su versión del salmo *Super flumina Babylonis*:

En un sauce, ludibrio del viento,
Para siempre mi lira colgué.

Tocó á PESADO una época en extremo azarosa, y sobre todo, su vida política fué bien agitada. No ignoráis que á los principios pagó algún tanto el tributo á las ideas dominantes; pero reparó con usura el mal que con esto pudo ocasionar á la causa religiosa, no sólo con su conducta ejemplar y cristiana, así en público como en privado, sino con los admirables escritos, que aún no habéis olvidado, y que publicó en *La Cruz*.

«Delicada y espinosa fué la misión de este periódico (dice el biógrafo y colaborador de PESADO) y grande su influjo en la opinión pública, y acaso hasta en el ánimo de algunos de

los personajes que figuraban en el Gobierno. El saber, la claridad y la inflexible lógica de PESADO presentaban en su verdadero aspecto las cuestiones político-religiosas debatidas, resolviéndolas radicalmente en contra de la administración y del partido preponderante; y respecto de moderación y de tacto, baste decir que la publicación á que me refiero duró casi tres años en el foco de los más opuestos intereses y de las pasiones más exaltadas, sin que uno solo de sus adversarios pudiera quejarse del menor agravio personal, y sin que la hiriera una sola providencia gubernativa, á pesar de que la tolerancia en materia de imprenta distaba mucho de ser lo que hoy (1).»

¿A qué debió PESADO, señores, esa popularidad universal en medio de las más fuertes tormentas políticas? ¿Qué lo escudó de las persecuciones y rencores de que casi nadie se vió entonces exento? Sin duda que contribuyó mucho su carácter dulce y afable, su proverbial honradez, su rectitud cristiana; pero, á mi juicio, le valió más que todo la fama que justamente había adquirido y que cada día aumentaba cultivando la poesía. No sé, señores, ó mejor dicho, no quiero descifrar, si es realidad ó fábula la historia del piadoso delfín,

(1) Don José María Roa Bárcena, en su *Biografía de Pesado*, pág. 98.

que, encantado con los versos que entonaba Arión al eco de su cítara, lo salvó de la muerte á que lo condenaran inicuos marineros. Lo que sí es una verdad histórica, es la salvación de aquellos prisioneros que debieron su vida á haber recitado á sus carceleros y vencedores algunos trozos del gran trágico griego. Lo que es indudable, es que la poesía atrae, cautiva, desarma, y que, por enemigos que seamos en ideas y en intereses de quien cultiva este arte encantador, nos sentimos impulsados á amarlo y le perdonamos cuanto contra nosotros haga ó escriba, en obsequio de su armonioso cantar.

Tal juzgo, señores, que sucedió á PESADO. ¡Ojalá que en la poesía también hubiera ejercitado su colosal talento, como lo hizo en todos los demás ramos de la literatura, el otro gigantesco ingenio que floreció contemporáneamente! Quizás entonces, nuevo Arión, habría hallado algún delfín piadoso que lo sacase de las olas de la tribulación que al fin lo sumergieron. Pero la persecución y la amargura hirieron de tal suerte al primer Arzobispo de Michoacán, que cortando el vuelo á su genio, al fin lo sofocaron del todo; y á una edad muy lejos de ser avanzada, terminó su vida en el destierro, sin que permitan aún hoy día las pasiones, no del todo extinguidas, el que vengán á reposar sus restos en la patria que tanto amó.

El Ilmo. Sr. D. CLEMENTE DE JESÚS MUNGUÍA empezó sus estudios á una edad en que generalmente ya se lleva vencida más de la mitad de la carrera; al expirar su cuarto lustro. Con todo, avanza tan rápidamente, que presto es abogado, é ilustra el foro de Morelia con brillantes alegatos; es profesor, y escribe para sus discípulos extensos tratados sobre retórica, y cursos completos de derecho natural y canónico; se le nombra orador en festividades cívicas, y asombra por su elocuencia y patriotismo. Recibe las sagradas órdenes, y se capta gran reputación en el púlpito, donde, á pesar de su figura poco graciosa, atraía como Ulises la admiración de los oyentes; y quizá no habréis olvidado que, siéndole molesto aprender de memoria y no estando jamás contento de sus obras, hubo veces que un sermón dictó á su amanuense, otro improvisó en el templo y otro dió á la imprenta, sobre el mismo asunto y en la misma festividad. Nombrado obispo, juzga no deberse prestar al principio á cierta fórmula de juramento, que cree atentatoria á los derechos de la Iglesia, y con sorprendente fecundidad publica nada menos que un volumen en apología de su conducta. Recibida la consagración episcopal, no se contenta con dirigir á los fieles una que otra pastoral aislada, sino que compila varios tomos de instrucciones sobre casi todos los puntos del

dogma católico, y dedica á sus seminaristas unos voluminosos *Prolegómenos á la Teología Moral*. Entra en conflictos el Estado con la Iglesia, y de la pluma del doctísimo Prelado salen las protestas y defensas que, ya á nombre suyo propio, ya al de todo el Episcopado, contienen el torrente y ponen en salvo las conciencias. Insulta un almirante inglés á Méjico y al catolicismo, y el esclarecido obispo (entonces) de Michoacán lo confunde lanzándole al rostro un entero volumen. Reniega más tarde el Gobierno imperial de los principios y personas á que debiera su origen, y el arzobispo Munguía defiende los derechos de la religión y de la patria con tal vigor, tal destreza, tal prontitud, que no se encuentran otras razones que oponer á su lógica sino un disimulado destierro.

¡Oh vida gloriosa, consumida en el cultivo de las letras y en la defensa de la Iglesia! Tiempo vendrá en que todos se llenen de estupor al recordarte; por ahora bástanos orar por el alma y honrar la memoria del insigne varón.

No habréis llevado á mal, señores Académicos, el que, dejando al corazón seguir el rumbo que le trazaran sus afectos, me haya detenido de preferencia á hablaros de ALAMÁN, PESADO y MUNGUÍA. El primero vió la luz en las mismas montañas en que yo abrí los ojos; el se-

gundo dirigió mis manos en las primeras inciertas pulsaciones de la lira que aún no hago pedazos; el tercero me inició en la sagrada milicia clerical. Afortunadamente la gratitud y el deber, el amor y la justicia, el afecto y las letras, se unieron esta vez para indicarme un mismo camino: y en la imposibilidad en que me hallo de mencionar á todos y cada uno de nuestros ingenios, espero que habréis aprobado la elección de los tres más eminentes que florecieron bajo la dominación española; de tres de los más insignes que han honrado á Méjico independiente.

En estos últimos notamos un lenguaje puro y castizo, pero sin afectación ni arcaísmos: no aman las novedades, pero no desdeñan algunos neologismos, ni se avergüenzan de nuestros términos provinciales; se glorían de escribir en castellano, pero no temen hacerlo al estilo de nuestra patria. Llamo vuestra atención á esta particularidad, señores Académicos, porque se me figura que tal ha de ser nuestra mira, por lo que toca á la forma exterior; y me fundo en el trabajo que la Real Academia Española ha encomendado á todas las Academias, hermanas ó hijas suyas de América, de reunir los provincialismos en estas regiones usados, para incorporarlos al gran diccionario. Dificil es adivinar si al idioma castellano acaecerá lo que á la lengua latina, y si con el tras-

curso del tiempo en Chile y en Venezuela, en Méjico y en Buenos Aires se hablarán idiomas diversos entre sí, aunque hijos todos de la madre común, y que tengan el mismo parentesco con la lengua española, que el francés ó el italiano, el portugués ó el castellano con la antigua lengua del Lacio. Sea como fuere, nuestro deber es influir para que la marcha progresiva del idioma sea ordenada, gradual y majestuosa; digna en el fondo y en la forma de las letras que hasta ahora nos han precedido, y que constituyen nuestro modelo. Es indispensable que mientras nos gloriemos de hablar el castellano, lo conservemos en toda su pureza, aunque sin desdeñar lo nuevo que sea digno de introducirse en su tesoro, y que con tal mira estemos unidos con fuertes vínculos cuantos cultivamos las letras en la vieja España y en las Repúblicas americanas. A este fin se estableció nuestra Academia Mejicana, y se fundaron las demás correspondientes de la Real Española en Nueva Granada y Venezuela, en el Perú y el Ecuador, en el Salvador y en Bolivia, en Chile y la República Argentina.

Justo es, señores, que rindamos el debido homenaje al grande iniciador de este sublime pensamiento, muerto hace tres años en este mismo mes nefasto que arrebató de los vivos á D. JUAN DE ALARCÓN. Aunque cobijado con

el pabellón español, D. FERMÍN DE LA PUENTE Y APECECHEA nos pertenece de un modo especial, pues nació en nuestra ciudad de Méjico cuando las dos Españas no eran más que una patria. La Providencia lo llevó á la antigua; pero su corazón quedó en la nueva, y sus constantes aspiraciones fueron ver á entrambas unidas con los únicos lazos posibles en el día: *de la lengua, de la común historia, de los comunes intereses y creencias*. En parte las vió realizadas con la creación de nuestra Academia correspondiente; réstanos á nosotros el llevar á cabo por completo los deseos de ese ferviente católico y de ese distinguido literato, que con igual maestría tradujo la *Eneida* en octavas castellanas y los *Libros Sapienciales* en variados metros; que con igual gusto vertía la *Clave del Derecho* y dictaba sus comentarios al *Fuero Juzgo*. Venerémoslo como padre de nuestra Academia, é imploremos para su alma el eterno descanso.

¡Ah, señores! ¡Cuánto siento no poder detenerme á hablaros de nuestro primer DIRECTOR y de los dos colegas que nos arrebató la muerte no há mucho, y que han dejado un vacío tan lamentable en nuestra corporación! ¡Cuánto me pesa no haber podido hablaros ni del insigne GOROSTIZA, ni de HEREDIA, nuestro, aunque nacido en Cuba; ni de RODRÍGUEZ GALVÁN, ni de CALDERÓN, el dramático de

Zacatecas! ¡Perdonad mi silencio, OCHOA, NAVARRETE, SARTORIO, SÁNCHEZ DE TAGLE! ¡Oh CARPIO, altísimo poeta, sin par entre nuestros cantores religiosos! ¿Por qué no me concede el Señor cien lenguas para repetir continuamente tus armoniosos salmos? ¡COUTO, defensor elocuente de la *Constitución de la Iglesia* en la prensa, y del derecho oprimido en el foro! ¡CUEVAS, que con ojo penetrante investigaste lo *porvenir de Méjico!* ¡ARRILLAGA, que con tu *interminable facundia mejicana* (como plugo llamarla á tu vencido adversario) tremolaste tan alto la bandera de nuestra antigua Universidad! ¡Que no me sea dado pronunciar vuestros loores! ¿Os ofenderéis si no os elogio, ambos LACUNZAS, RODRÍGUEZ DE SAN MIGUEL, BUSTAMANTE, QUINTANA ROO, LUIS DE LA ROSA, CONDE DE LA CORTINA, FRAY MANUEL DE SAN JUAN CRISÓSTOMO? Habría querido encomiarte, ISABEL PRIETO, dulce poetisa que moriste cantando en extranjera región. Pero si es imposible mencionaros á todos, no lo es el orar por vuestras almas y el ofrecer por vuestro reposo el incruento sacrificio (1).

(1) Al juzgar á escritores contemporáneos, á más del mérito literario influyen mucho las relaciones particulares que con ellos ha tenido el crítico. Así es que cada uno de los que me escuchaban habría deseado, sin duda, que

También por ti lo hemos ofrecido, MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, y por ti, CALDERÓN DE LA BARCA, y por vosotros, LUIS DE LEÓN, ERCILLA, GARCILASO, HERRERA, TIRSO DE MOLINA, SOLÍS, MARIANA, VILLEGAS, MELÉNDEZ, y por cuantos en el antiguo Continente cultivasteis las letras españolas; ni os hemos olvidado á vosotros, ¡pacíficos conmlitones y hermanos de la América del Sur! Limitado es nuestro lenguaje; presto se fatiga la voz humana, y el oído más fuerte se cansa después de breves minutos, aun de aquello que más le

hiciese figurar en primer término á su autor favorito, á su maestro, á su amigo, á su pariente. Nadie extrañará, pues, que el orador se crea con tanto derecho como sus oyentes para preferir á aquellos con quienes lo ligaron los vínculos del paisaje, de la amistad y de la gratitud, sin que esto derogue el mérito de los que no se mencionaron ó encomiaron. Los dos académicos que han fallecido (además del director D. José María Bassoco) son D. Fernando Ramírez y el Dr. D. Manuel Moreno y Jove.

Por lo demás, permitaseme aplicar al caso presente los versos de Ercilla, que en situación análoga citó el Ilustrísimo Sr. Monescillo, Obispo de Jaén, en su *Elogio fúnebre de Miguel de Cervantes y demás ingenios españoles*:

Si de todos aquí mención no hago,
No culpen la intención, sino la mano;
Que no puedo escribir lo que hacían
Tantas como allí á un tiempo combatían.

(*La Araucana*, parte II, canto XXV.)

halaga; pero el valor del sacrificio del altar es infinito, y á todos os comprende, á todos abraza.

¡Oh santa Religión católica! ¡Cuán bello es el lazo que nos une á cuantos tenemos la dicha de profesarte! Si no tuviéramos fe en la resurrección, si no creyéramos en la inmortalidad de nuestras almas, si no supiéramos (porque Dios lo ha revelado) que nuestras oraciones alivian á nuestros hermanos difuntos, ¿de qué servirían estas preces, para qué organizar estas fúnebres ceremonias? Si no abrigáramos el consuelo de que todos aquellos por quienes hemos venido á orar en derredor de esta tumba murieron en la paz del Señor, ¿de qué serviría pronunciar en su honor fútiles alabanzas? ¡Pero no! No hay peligro de que pueda aplicarse á nuestros literatos lo que decía el grande Agustín de las antiguas celebridades paganas: *¡Infelices! Se os alaba donde no estáis, y sufrís atroces tormentos allí donde en realidad os encontráis.*

Señores Académicos: que jamás pese tan terrible anatema ni sobre nosotros ni sobre literato alguno de nuestra patria. El camino bien lo sabéis. Basta seguir las tradiciones; basta imitar á nuestros grandes ingenios, no sólo en la pulcritud del idioma, sino también en la pureza de sus doctrinas. Viértanse herejías en el idioma de Lutero; disemínese la im-

piedad en la lengua de Voltaire; atáquese á la Iglesia en el dialecto de Knox y de Wickliff; pero del idioma de Teresa de Jesús y de Juan de la Cruz, de Luis de Granada y de Malón de Chaide, ¿qué debe esperarse sino ecos en todo conformes con las doctrinas de la Iglesia, con la sana moral, con el ascetismo más puro?

Y desgraciado, señores, del que quiera apartarse de este sendero. No espere para su alma la salvación, ni para su nombre la inmortalidad; ni abrigue la ilusión de que demos cabida á sus restos en ese túmulo sagrado á que descendió D. JUAN DE ALARCÓN y que permanece aún abierto, y quedará, mientras Méjico exista, preparado para recibir á todos los que en nuestro suelo cultiven las letras españolas, como buenos cristianos y como verdaderos patriotas.

Oremos, señores, oremos por todos nuestros compañeros en la milicia de las letras que antes de nosotros han sucumbido en el rudo combate. Carguemos sus restos sobre nuestros hombros, rindámosles los últimos honores, perpetuemos su memoria en la tierra, y no cesemos de ofrecer por ellos sacrificios, para que el Señor les abra las puertas de la Gloria.

